

Cuadernos del Sur

AÑO 11 - Nº 20

Diciembre de 1995

Ernest Mandel: recuerdos del olvido

Adolfo Gilly

1.

En la mañana del 21 de Julio de 1995, en Horefto, pequeña localidad griega al borde del mar Egeo, Michel Pablo (cuyo nombre real es Michel Raptis) me hablaba de su encuentro con Ernest Mandel en París durante la segunda guerra mundial. Michel Pablo, griego, nacido en Alejandría y criado en Creta, trotskysta desde 1936 y delegado al Congreso de Fundación de la IV Internacional en 1938, vivía en esos días en la ciudad ocupada por los alemanes, bajo la tenue cobertura de una beca de estudios y una convalecencia tuberculosa. Tenía en 1944 treinta y tres años de edad y un título de ingeniero urbanista. Ernest Mandel, nacido en Alemania en 1923 y criado en Bélgica por sus padres judíos emigrados, tenía 21 años y no terminaba sus estudios universitarios porque lo había arrastrado hacia otros futuros la pasión revolucionaria. En aquel París se incorporó a la Internacional de la cual Pablo era ya dirigente.

Una larga colaboración se iniciaba allí entre esos dos hombres de origen tan diverso, unidos por las mismas ideas y por formas diferentes, como después se vio, de aquella pasión: uno, entonces, el maestro; el otro, el joven y brillante discípulo. La que Pablo me contaba era al fin una antigua historia griega.

En la tarde de ese 21 de julio, a las 14:30, sonaba el teléfono de mi habitación en el hotel de Horefto y la voz de Pablo me decía: «Je dois te transmettre une bien triste nouvelle: Ernest vient de mourir» («Debo darte una noticia muy triste: Ernest acaba de morir»). Lo que sobre él habíamos hablado esa mañana quedó registrado en mi grabadora como parte de una larga entrevista con Michel Pablo sobre su vida.

2.

El 30 de septiembre pasado, unas seiscientas a setecientas personas de distintos orígenes, ideas y nacionalidades acompañamos los restos de Ernest

Mandel al viejo cementerio parisino del Père Lachaise. Allí quedaron sus cenizas cerca del Muro de los Federados, contra el cual fueron fusilados en 1871 algunos de los últimos combatientes de la Comuna de París. Viejos y jóvenes, estaba entre nosotros el griego Muchel Pablo, llegado allí para despedir al compañero de quien los caminos de la guerra y de la vida lo habían separado treinta años antes. Alguien le entregó el último libro de Mandel, *El poder del dinero*, traducido al griego, que éste le había enviado tres días antes de su muerte. Era una espléndida mañana de otoño y, aire de los tiempos, el cortejo canturreaba en voz muy baja, como un canto de otro tiempo, la vieja marcha fúnebre de los revolucionarios alemanes. Sin embargo, a ninguno de esos hombres y mujeres que allí se encontraban se les había caído encima el muro de Berlín, porque toda su vida habían luchado por derribarlo. No había caras alegres (salvo tal vez la mía, porque el cielo estaba muy azul), pero tampoco tristes. Después unos cuantos amigos nos juntamos y nos fuimos a comer couscous en un restaurante argelino.

3.

En nuestras conversaciones junto al mar Egeo, Pablo recordaba la llegada de Mandel, en 1944, al París bajo ocupación alemana: «Ernest era muy joven, muy brillante, lo mismo que Abraham León (autor de un libro memorable sobre la cuestión judía). Eran inseparables. Venían de la organización de izquierda de la juventud judía e ingresaron juntos a nuestro movimiento. Desde entonces, Mandel y yo estuvimos estrechamente unidos. El vivía en Bruselas y venía clandestinamente a París para nuestras reuniones. Allí se quedaba en nuestra casa y después se regresaba a Bruselas. Tenía hacia mí sentimientos como hacia un padre, y yo hacia él sentimientos como hacia un hijo espiritual. Yo estaba muy orgulloso de la adhesión de Ernest a la IV Internacional. Conocí también a su padre y a su madre. Su padre era un judío de izquierda, admirador de Trotsky, un hombre muy valiente. Sabía de los lazos no sólo de compañeros sino de amigos entre su hijo y yo y me decía: «Michel, es preciso que tu permitas a mi Ernest que llegue a ser también un universitario. Te lo ruego». Quería que su hijo tuviera un diploma, lo cual en aquel tiempo a nosotros nos tenía sin cuidado. (...) Hacia el fin de la guerra, Mandel fue apresado por los nazis, junto con Abraham León. A éste lo mandaron a un campo de trabajo y en pocos meses murió. De Ernest, no se dieron cuenta que era judío y como hablaba perfectamente alemán, lo pusieron como intérprete en una fábrica, de donde pudo escapar.»

4.

Desde entonces, la biografía de Ernest Mandel es ante todo una historia de ideas, unida a la historia de la IV Internacional. Junto con Michel Pablo, definieron en aquellos días de la posguerra, en la segunda mitad de los años cuarenta, las que serían las tres grandes líneas del programa de esa organización: la revolución política democrática en la Unión Soviética y los países del Este; la revolución socialista en Occidente; la revolución de liberación nacional en las colonias y países dependientes, el llamado Tercer Mundo; las tres entendidas como partes de un proceso combinado de revolución socialista en el mundo.

Bajo esas banderas, los trotskistas participaron en las luchas sociales y nacionales más diversas en sus países, siempre bajo la doble hostilidad de los comunistas seguidores de Moscú y de Pekín y de los cuerpos represivos de los Estados capitalistas. Es difícil imaginar hoy en qué medida aquella implacable hostilidad comunista se tradujo, desde los años 30 hasta los 60, en persecuciones, asesinatos, delaciones, prisiones y calumnias sin fin desde la misma izquierda.

Los trotskistas eran marcados como agentes de la Gestapo, de Franco, del imperialismo británico, de la CIA o de quien fuera, no tratados como una corriente política diferente de la misma izquierda. Avalada por Moscú y sus Estados y partidos clientes, esa campaña llevó a muchos a la cárcel y a la muerte. Cuando se escriba completa esta historia se verá cómo los crímenes más crueles del comunismo fueron los cometidos contra aquellos de su propia estirpe que se rebelaron y lucharon contra el camino de sangre de Stalin. No en vano hacia el fin de su vida, agotadas las palabras de la ira humana, Trotsky acudió a la Biblia y lo llamó Caín.

Este clima infernal, que Mandel llegó a vivir en los años 40 y 50, se atenuó después de las «revelaciones» de Jruschov sobre los crímenes de Stalin -«revelaciones» entre comillas, porque cuantos habían querido saberlos los conocían-, pero siguió pesando como una niebla cerrada en los sectores más atrasados de los comunistas, con un curioso reflejo especular en las mentes de la derecha que hasta hoy perdura. Es singular como uno de los mayores pensadores políticos de este siglo, León Trotsky, sigue siendo hoy casi desconocido en las universidades, donde figuras menores han tenido su éxito pasajero, exagerado y, al fin de cuentas, inmerecido. Pero así son ciertas costumbres académicas y algunos caminos de salvación de las buenas conciencias. La obra de Ernest Mandel, como la de Isaac Deutscher y algunos otros, contribuyó no poco, sin nada conceder a las costumbres o a las modas, a romper ese cerco de ignorancia y prejuicio.

5.

Cierta razón tenía el padre cuando insistía en que su hijo se diplomara. Ernest Mandel, con sus escritos teóricos como economista, trascendió ampliamente las fronteras de su organización política y, sobre todo, a partir de la segunda mitad de los años 60, tuvo una notable influencia tanto en el pensamiento de la izquierda como en los medios académicos. Recuerdo la admiración con que René Zabaleta, allá por la mitad de los setentas, me hablaba de la vastedad de conocimientos que el *Tratado de economía marxista* reflejaba en su autor. Esta obra en particular fue una bomba de largo efecto para demoler los manuales soviéticos y similares que degradaban la enseñanza, infectaban el pensamiento y cegaban toda visión teórica marxista.

Sin embargo, lo que Mandel consideraba su obra teórica mayor es *El capitalismo tardío*, cuya importancia comparaba con la que al principio tuvieron entre las ideas marxistas las obras de Hilferding y de Lenin sobre el imperialismo. En su última época, continuaba trabajando sobre su teoría de las ondas largas en el capitalismo, heredera de los estudios de Kondratieff y de Trotsky sobre el tema.

Cuando conocí a Mandel en Bruselas, en la primavera de 1960, estaba terminando de escribir su *Tratado...*, en el cual ponía -con razón, como los hechos probarían- grandes esperanzas. Yo había ido a verlo desde Amsterdam por alguna cuestión relacionada con documentos de viaje requeridos entonces por militantes de la revolución argelina. Recuerdo que, joven salvaje latinoamericano apenas desembarcado en los canales de Holanda, me llamó la atención su antigua casa europea, donde vivía entonces con su madre, dulce señora que me invitó a cenar junto con su hijo. Ernest tenía en su despacho una colección sorprendente de discos de Johann Sebastian Bach. Esa tarde caminé por la ciudad, mientras hacía tiempo para un encuentro. En una exposición maravillosa, descubrí los *móviles* de Alexander Calder y la grácil fragilidad de sus colores, sus equilibrios y sus movimientos. Todavía hoy se me devuelve, al recordarlo, el sentimiento de belleza que me invadió entonces.

6.

La ruptura entre Mandel y su maestro griego fue un acontecimiento doloroso para éste y, supongo aunque no lo sé, también para aquel. Sucedió precisamente en ese tiempo, entre 1960 y 1961, cuando Michel Pablo estaba preso en Holanda por actividades de apoyo a la revolución argelina. La guerra de independencia de Argelia era considerada en aquellos días por

Moscú y los comunistas como un movimiento nacionalista burgués que no merecía apoyo ninguno, mientras los socialistas formaban parte del gobierno francés que a sangre, torturas y fuego la combatía. Los argelinos tuvieron que organizar sus propias redes en el territorio metropolitano y hasta montar una fábrica secreta de armas en Marruecos.

Como siempre en estos casos, la separación entre esos dos hombres fue en el fondo una historia de ideas. Ambos pensaban, como tantos otros, que el sentido de la propia vida sólo podría ser contribuir a cambiar la vida y el mundo cruel e inhumano que habitamos. Ambos, como dije antes, coincidían en los grandes temas. Si a los dos debo definir en un término que los englobe, digo que eran entonces dos humanistas clásicos, uno de la antigua escuela griega, el otro del iluminismo y sus razones.

No toca aquí referir los datos inmediatos de esa ruptura, algunos de los cuales conozco tal vez mejor que nadie y otros seguramente no. Sé que, más allá de ellos y de sus afectos, fuerzas ideales poderosas arrastraban a ambos en sentidos divergentes.

En su expresión más abstracta -y en cierto modo, también más esquemática- puede decirse que uno, el de Bélgica, estaba convencido de que el vector de la revolución que iba a cambiar el mundo era el proletariado industrial. Su pensamiento venía del Marx del *Manifiesto Comunista* y de *El Capital*, sus años de formación habían transcurrido en el impresionante entorno fabril y minero de la metrópoli belga. El otro, el de Alejandría y Creta, habiendo crecido en un país europeo de frontera con una larguísima historia de lucha secular por su independencia nacional contra los turcos, más cercano al llamado Tercer Mundo que a la industria y al Medio Oriente que al Occidente, veía que en esos años cincuentas y sesentas la inmensa insurrección que sacudía al mundo era la que había entrevisto Trotsky desde el México de Cárdenas en los últimos años de su vida: la de la innumerable humanidad de los pueblos coloniales y dependientes contra las metrópolis imperiales, India, China, Indochina, Indonesia, Corea, Medio Oriente, Argelia, los países árabes, África entera, América Latina. Su pensamiento provenía del Marx de los *Grundrisse* y de las últimas cartas a Vera Zisulich.

No quiero dar a entender que ambos pensamientos eran antagónicos ni que uno excluía al otro. Simplemente, cuando se presentara la infaltable prueba de la práctica, que inesperadamente, como sucede siempre, apareció entre 1959 y 1960 con la guerra de Argelia, los iba a colocar sobre vías divergentes. El signo del siglo era, para uno, la revolución proletaria y socialista; para el otro, los movimientos nacionales y coloniales. A partir

de ahí, aunque ninguno se lo hubiera propuesto de antemano, surgían diferentes prioridades, visiones, futuros, formas de organizar y de luchar: uno pensando ante todo en los consejos obreros y las huelgas generales, el otro en las conspiraciones y las insurrecciones nacionales. Cuando éste quiso jugar la suerte de la organización a la revolución argelina, el otro se negó bajo formas diversas. La ruptura fue compleja y confusa, pero a partir de ahí Ernest Mandel sustituyó a Michel Pablo como el principal dirigente de esa extraña organización, la IV Internacional, y Pablo y sus partidarios siguieron, a partir de Argelia, otros destinos de ideas y de acciones.

7.

Ambos hombres conocieron en los años sesenta al Che Guevara. Ernest Mandel, invitado por el Che, lo visitó en La Habana en 1964, durante la polémica sobre los estímulos morales y materiales en la economía cubana. En 1975, en Estocolmo, me dijo que había sido la entrevista más impresionante de su vida. Michel Pablo conversó en 1965 una larga noche en Argelia con el Che, cuando éste preparaba su lucha en Africa y andaba buscando apoyos y recursos. En nuestras pláticas junto al mar Egeo me dijo que su figura le había recordado una poesía de Swinburne: «In his heart, wild desires. / In his eyes, the foreknowledge of death» («En su corazón, deseos salvajes. / En sus ojos, la presciencia de la muerte».) Días después pude preguntar a Régis Debray si su recuerdo del Che guardaba alguna semejanza con esa visión de Pablo. «Sí», me dijo sin dudar.

8.

El sesenta y ocho pareció dar la razón a la escuela de Ernest Mandel. Al menos en Francia, con millones de obreros en huelga general ocupando las fábricas bajo el emblema de la bandera roja, y en Checoslovaquia, con los trabajadores y los consejos de fábrica como el eje de la rebelión nacional contra la dominación soviética. Pero el 68 era también, por otro lado, la ofensiva del Tet en Vietnam, los estudiantes rojos en Berlín y en toda Alemania, las movilizaciones contra la guerra en San Francisco y Nueva York, el movimiento estudiantil en México, una ola de jóvenes que desde las periferias del planeta y de la producción industrial querían cambiar el mundo en que vivían y no sólo la relación laboral que aún desconocían.

En esos días la IV Internacional encabezada por Mandel creció rápidamente, al menos en Europa y en América Latina. En los setentas, Mandel recorría las universidades de múltiples países y llenaba el Che Guevara y otros auditorios. Tenía el honor de tener prohibido el ingreso, al mismo

tiempo, a Estados Unidos y a la Unión Soviética, a los países del Este y a Francia, Alemania, España y otros Estados, homenaje involuntario que el intelectual rebelde recibía de un mundo absurdo, inseguro y temeroso. La contraofensiva material, tecnológica, ideológica y bélica del capital en los años ochenta, lo que se ha denominado la reestructuración global del capital, cambió después el sentido de la marea y desvió hacia otros cantones los miedos de los poderosos, nunca empero desvanecidos del todo.

La escuela del griego siguió dando su prioridad al curso de los movimientos de liberación. «El sesenta y ocho europeo fue sobre todo una consecuencia de la influencia y la presión sobre la juventud de esos países de las revoluciones coloniales y guerras de liberación nacional de los años 50 y 60: la africana, la argelina, la vietnamita, la cubana, la china. No en vano la figura del Che Guevara fue su símbolo», me decía este pasado verano Michel Pablo. «El sentido más profundo del siglo XX ha sido ese inmenso movimiento de liberación de las colonias, los pueblos oprimidos y las mujeres, y no la revolución del proletariado, que era nuestro mito y nuestro Dios».

Desde Marx y los populistas rusos, esta controversia ha atravesado los movimientos revolucionarios de nuestro siglo.

Sé que para muchos ha perdido significado o que nunca lo tuvo: el futuro dirá, y no las modas de cada decenio. Creo yo que, en este tiempo incierto, inquieto y opaco a las miradas, lo sigue teniendo para quienes, habiendo aprendido por estudio o por experiencia la larga duración de la historia, se rehusan a aceptar la sociedad tal cual es, la ley del dinero y el universo del intercambio mercantil como el único horizonte pensable y posible para la convivencia humana.

9.

A esta intrincada y simbólica historia me llevaron mis recuerdos esa mañana de otoño en el Père Lachaise. Allí estaba también, en silencio y erguido en sus ochenta y cuatro años, el antiguo compañero griego de Ernest Mandel. Y muchos otros más. Despedíamos a un hijo utópico e irreductible de este tiempo, que desde su primera juventud había enfrentado en ideas, escritos y acciones a los poderosos de este mundo, a los señores y amos del Este y del Oeste y al vendaval inhumano del cinismo.

Suave estaba esa tarde la ciudad. En un kiosco callejero de libros usados encontré una novela de Oscar Vladislav de Lubicz Milosz que había oído nombrar y creía inexistente: *L'amoreuse initiation*.

México, DF, octubre 1995
